

Donna Williams

Nadie en ningún lugar

la palabra eXtrema

la palabra eXtrema

El ser humano es un ser de palabra. Pero en el mundo que solemos habitar, dentro del margen a veces estrecho del discurso corriente (cargado de convenciones, conveniencias, falsedades y cobardías) la palabra deja de serlo, pierde su valor. Extrañamente, hay que volverse hacia los extremos de la experiencia humana para poder recuperar el sentido de lo que es hablar. Tiene que venir alguien para quien acceder a la palabra fue una lucha sin cuartel, sostenida en una soledad inimaginable, para que entendamos lo que eso vale, para recuperar la esencia de lo humano, que admite más versiones de lo que la «normalidad» quisiera.

Una serie de testimonios, siempre excepcionales, unas veces escritos y publicados por sus autores para hacernos llegar su mensaje, cargado de consecuencias, otras veces recogidos de cierto olvido, releídos para descifrar en ellos un tesoro de experiencia, nos llevarán a trazar el verdadero mapa de nuestro mundo. Serán varios, porque un territorio tiene varias fronteras, limita con valles o ríos o mares o desiertos.

Y desde esos márgenes, sólo desde allí, se ve y se oye lo que siempre se nos escapa, lo que solemos ignorar.

Donna Williams

Nadie en ningún lugar

La historia extraordinaria de una autista
desde su infancia hasta su juventud

Postfacio de Miquel Bassols



© Donna Williams, 1992 y 1999

Título original en inglés: *Nobody Nowhere*

Esta traducción se hizo bajo el acuerdo con Jessica Kingsley Publishers Ltd.

© De la traducción: Eva Zimmerman de Aguirre

Revisada por Enric Berenguer con la colaboración de Soledad Székely

© Del postfacio: Miquel Bassols

© De la imagen de cubierta: *Land's End*, by Donna Williams

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

Primera edición: noviembre de 2015

© Nuevos Emprendimientos Editoriales S.L.

C/ Aribau, 168-170, 1.º 1.ª

08036 Barcelona (España)

e-mail: info@nedediciones.com

www.nededediciones.com

Maquetación: Editor Service, S.L.

Diagonal, 299 entlo. 1ª – 08013 Barcelona

www.editorservice.net

ISBN: 978-84-944424-4-5

Depósito legal: B.24958-2015

Impreso en España por Sagrafic

Printed in Spain by Sagrafic

Reservados todos los derechos de esta obra. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, de forma idéntica, extractada o modificada en castellano o cualquier otra lengua.

Índice

Nadie en ningún lugar	13
Epílogo.....	225
Postfacio.....	249
<i>Miquel Bassols</i>	

*A Sharon, a mis abuelos y a los Lawries del mundo,
por ser, simplemente*

*Agradecimientos especiales al doctor Lawrie Bartak
y a los Morgan, por ayudarme a perfeccionar
las líneas de comunicación*

*In a room without windows,
in the company of shadows,
You know they won't forget you,
they'll take you in.
Emotionally shattered,
don't ask if it mattered,
don't let it upset you,
just start again.*

*In a world under glass,
you can watch the world pass,
and nobody can touch you,
you think you are safe.
But the wind can blow cold,
in the depths of your soul,
Where you think nothing can hurt you
till it is too late.*

*Run till you drop,
do you know how to stop?
All the people walk right past you,
you wave goodbye.
They all merely smiled,
for you looked like a child
Never thought that they'd upset you,
they saw you cry.*

*So take advice,
don't question the experts.
Don't think twice,
you just might listen,
run and hide,
to the corners of your mind,
alone,
Like a nobody nowhere.*

En una habitación sin ventanas
acompañada de sombras,
saben que no van a olvidarte,
te harán entrar.
Emocionalmente golpeada
no preguntes si importó,
no dejes que eso te disguste,
sólo empieza de nuevo.

En un mundo bajo cristal
puedes ver cómo el mundo pasa,
nadie puede tocarte,
te crees que estás segura.
Pero el viento puede ser frío
en lo mas hondo de tu alma,
donde crees que nada puede dañarte
hasta que es demasiado tarde.

Corre hasta que te caigas,
¿acaso sabrías parar?
Todos pasan a tu lado,
dices adiós con la mano.
Todos sonríen, nada más,
porque pareces una niña.
Nunca pensaron importunarte
sólo es que te vieron llorar.

Pide consejo, entonces,
no cuestiones a los expertos.
No lo pienses dos veces,
sólo deberías escuchar,
correr y esconderte
en los rincones de tu mente,
sola,
Como un nadie en ningún lugar.

Nadie en ningún lugar

Esta es una historia de dos batallas: la batalla por dejar al «mundo» fuera y la de tratar de unirme a él. Narra las guerras en el interior de «mi propio mundo» y los frentes de batalla, las tácticas empleadas y las víctimas de mi guerra personal contra otros.

Este es un intento de firmar una tregua, bajo condiciones establecidas en mis propios términos. A lo largo de mi batalla íntima he sido una ella, una tú, una Donna, una mí y finalmente un yo. Todas nosotras contaremos cómo fue y cómo es.

Si lo que usted siente es distancia, no se equivoca: es real. Bienvenido a *mi* mundo.

Recuerdo mi primer sueño, o al menos el primero que puedo recordar. Me movía a través de lo blanco; no había objetos, sólo lo blanco, aunque por todas partes me rodeaban manchas brillantes de color, mulliditas. Yo pasaba a través de ellas y ellas pasaban a través de mí. Era la clase de situación que me hacía reír.

Tuve este sueño antes que otros en los que había mierda, gente o monstruos, y ciertamente antes de que notara la diferencia entre las tres cosas. Yo debía de tener menos de tres años de edad. Este sueño retrataba la naturaleza de mi mundo en aquella época. Ya despierta, perseguía el sueño sin descanso, me volvía hacia la luz que entraba por la ventana, cercana a mi cuna, y me frotaba furiosamente los ojos. Ahí estaban. Los colores suaves y brillantes moviéndose a través del blanco. «¡Deja de hacer eso!» —así sonaba el barullo que irrumpía. Yo continuaba, tan feliz. ¡Bofetada!

Descubrí que el aire estaba lleno de manchitas. Si mirabas dentro de la nada, había manchitas. La gente pasaba por allí obstruyendo la visión mágica que yo tenía de la nada. Yo los dejaba atrás. Hacían barullo. Mi atención se centraba firmemente en mi deseo de perderme en las manchitas. Entonces ignoraba el barullo, atravesaba directamente aquella obstrucción con mi mirada, mi expresión era de tranquilidad, de alivio por haberme perdido entre ellas. ¡Bofetada! Estaba aprendiendo sobre «el mundo».

Acabé aprendiendo a perderme en cualquier cosa que deseara: en los diseños del papel pintado de la pared o de la alfombra, en el ruido de algo repetido una y otra vez, en el sonido hueco que conseguía al darme palmadas en el mentón. Incluso la gente dejó de ser un problema. Sus palabras se convertían en un confuso murmullo, sus voces en un patrón de sonidos. Era capaz de mirar a través de la gente hasta que yo dejaba de estar allí, y luego sentía que me había perdido *en* ellos.

Aunque las palabras no eran un problema, la expectativa que tenían los demás de que yo les respondiera sí lo era. Esto requería comprender

lo que decían, pero yo estaba demasiado feliz perdiéndome para querer verme arrastrada de nuevo a algo tan bidimensional como la comprensión.

—¿Qué crees que estás haciendo? —irrumpió la voz.

Sabiendo que debía responder para liberarme de esta molestia, aceptaba y repetía: «¿Qué crees que estás haciendo», dirigiéndome a nadie en particular.

—No repitas todo lo que digo —decía la voz en tono de regaño.

Sintiendo la necesidad de responder, yo replicaba:

—No repitas todo lo que digo.

¡Bofetada! No tenía ni idea de qué se esperaba de mí.

Durante los primeros tres años y medio de mi vida este fue mi lenguaje, que incluía la entonación y las inflexiones de aquellos a quienes yo consideraba como parte de «el mundo». Un mundo que me parecía impaciente, duro, molesto e inflexible. Aprendí a responderle en los mismos términos: llorando, chillando, ignorando y huyendo.

En una ocasión, en vez de simplemente «oír» una frase particular, pude entenderla porque tuvo sentido para mí. Tenía tres años y medio. Mis padres estaban visitando a unos amigos y yo me había quedado de pie en el vestíbulo cerca de la sala. Jugaba a marearme y con los brazos estirados daba vueltas y más vueltas. Tengo un vago recuerdo de los otros niños que había allí, porque el tema de conversación en la sala me había perturbado y desconcertado. Habían hecho una pregunta sobre mi entrenamiento en el uso del sanitario. Mi madre replicó que yo todavía me lo hacía encima.

Yo no sé si esto dio resultado, pero la verdad es que me volví más consciente de la necesidad de ir al baño. Lo que había sentido hasta aquel momento era un gran miedo a hacerlo: tardaba una eternidad en ir y cuando por fin lo decidía, faltaba muy poco para mojarme allí donde me encontrara. Algunas veces me contenía durante varios días y me ponía tan estreñida que vomitaba bilis. Entonces también empecé a tenerle miedo a comer. Sólo comía flan, gelatina, alimento para bebé, fruta, hojas de lechuga, miel y unas hogazas de pan blanco que venían cubiertas con «cientos y cientos» de bolitas multicolores, como en mi sueño. En realidad comía más cantidad de los alimentos que me gustaba

mirar, sentir o que me trajeran asociaciones agradables, que de cualquier otra cosa. A los conejos les gustaban las lechugas; a mí me gustaban los conejos de peluche y yo comía lechuga. Me gustaba «ver a través» de vidrios de colores; la gelatina era así; me encantaba la gelatina. Al igual que otros niños, comía tierra, flores, hierba y pedazos de plástico. A diferencia de los otros niños, seguía comiendo flores, hierba, corcho y plástico cuando ya tenía trece años. Las viejas reglas se aplicaban: si las cosas me gustaban, trataba de perderme en mi fascinación por ellas. Las cosas, a diferencia de las personas, eran bienvenidas a convertirse en parte de mí.

Cuando tenía más o menos tres años presenté signos de desnutrición. Aunque no estaba esquelética, mostraba palidez y me salían moretones aun con los golpes más leves; las pestañas se me caían a montones y me sangraban las encías. Mis padres, creyendo que tenía leucemia, me hicieron hacer análisis de sangre. El médico me tomó una muestra del lóbulo de la oreja. Yo cooperé. Estaba intrigada con una rueda de cartón multicolor que el médico me había dado. También me examinaron el oído porque, aunque yo lo imitaba todo, daba la impresión de ser sorda. Mis padres solían ponerse detrás de mí y hacían ruido, sin que yo parpadeara siquiera. «El mundo» no llegaba hasta mí.

*I thought I felt a whisper through my soul,
Everything is nothing, and nothing is everything.
Death in life and life in death of falsity*

Pensé que sentía un suspiro a través de mi alma,
Todo es nada y nada es todo.
Muerte en vida y vida en muerte de falsedad



Mientras más consciente era del mundo que me rodeaba, más temor tenía. Los demás eran mis enemigos, y su arma era tratar de llegar hasta mí. Había unas pocas excepciones: mis abuelos, mi padre y mi tía Linda.